

o legendarias, las referencias a la genealogía del tema y las funciones registradas, la difusión en la diacronía y la difusión en las diferentes subtradiciones en las que cada romance se ha podido documentar. Lo más atractivo de esta parte es la información referida no ya a la transmisión de la balada propiamente dicha, sino a los testimonios (escritos u orales) que, alejándose del canon del género romancístico, dan fe de la popularidad del tema en contextos muy diversos. Aquí está fundamentada la consideración más sobresaliente que la autora mantiene en el estudio inicial, referida a las inabarcables fronteras genéricas del romancero: “Para comenzar a entender la peculiar vitalidad del género, deben dejarse de lado las oposiciones oral-escrito (en correlación con las de popular-culto)” (lxxxvii).

Muy pedagógico y muy de agradecer para el estudiante o el profano que se acerque por primera vez al romancero es el apéndice que reúne imágenes ilustrativas de las múltiples opciones de edición de los romances: colecciones textuales y/o musicales, folletos, pliegos, hojas sueltas..., testimonios pequeños que acaso avisen de la grandeza de la memoria cultural y de la oralidad literaria y que ratifican la perspectiva abierta con que se ha encarado este Romancero: “La transtemporalidad del fenómeno descrito, unida a su vitalidad misma, deja pocos indicios para predecir su futuro” (cxiii).

MARÍA JESÚS RUIZ
Universidad de Cádiz

Beatriz Alcubierre, Rodrigo Bazán, Leticia Flores, Rodrigo Mier (coord.). *Oralidad y escritura. Trazas y trazos*. México: Ítaca / Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2011; pp. 206.

Oralidad y escritura son conceptos que abarcan realidades muy complejas. Es por ello que las discusiones en torno a estos abren persistentemente un panorama de distintas interpretaciones y de

gran valor para la comunidad preocupada por los estudios de las manifestaciones de la cultura.

En el marco de este creciente interés por la investigación en torno a los procesos que conciernen al lenguaje oral y escrito, el libro *Oralidad y escritura. Trazas y trazos* ofrece una recopilación de revisiones de estos procesos vistos desde diferentes disciplinas y, más que conclusiones férreas, el libro se presenta como un proyecto que, mediante una serie de posiciones manifestadas en los textos, pone en marcha el mecanismo de la reflexión.

La finalidad del libro, según lo apuntado por los coordinadores, es mostrar los desacuerdos en torno al tema, así como los efectos vigentes de estos desacuerdos hasta nuestros días, con el fin de fomentar la discusión. El libro pretende — y logra — ser un *collage* de trazos y trazas para la germinación de ideas, mostrando trabajos que pueden ser piedras angulares de posteriores obras.

El libro está constituido por doce artículos, producto de la selección de trabajos presentados en el Primer Coloquio Nacional Oralidad y Escritura en la Universidad Autónoma del Estado de México.¹ Algunos trabajos son generales y teóricos, enfocados con una perspectiva literaria. Otros son de carácter ensayístico-filosófico y abordan temáticas como la memoria y los testimonios históricos, en particular el tema del Holocausto. También hay textos de carácter descriptivo, en donde se analiza el papel de la historiografía en una puesta en escena de otros discursos, como los museos. Hay trabajos donde se muestran los vínculos entre historia y ficción, enunciando la narración y la trama, y los hay de carácter lingüístico en donde se estudian los procesos de lengua hablada y escrita o la empresa de transcripción y traducción del acervo de mitos de una comunidad indígena. La reflexión también abarca la relación entre oralidad y escritura en la época actual, en particular respecto a cómo se vinculan en la era de la Internet: ¿está cambiando la tecnología que se usa la manera en que pensamos?

¹ Realizado los días 6 y 7 de marzo de 2008.

El libro se inaugura con el trabajo de Aurelio González: “La transmisión oral: formas y límites”. En él se realiza una disertación teórica acerca de la oralidad, considerada como un fenómeno estructurado de transmisión. En su artículo, González establece la relación entre oralidad y literatura, los acervos comunitarios, la transmisión, la performance y el estilo popular y tradicional. También hace hincapié en que hay una diferencia entre la literatura transmitida oralmente y aquella creada oralmente; enfatiza además que hay literatura compuesta por principios “particulares” que no son los de la literatura culta, pues proceden de un autor legión (o colectivo). González logra un texto que condensa varias apreciaciones acerca de la oralidad y la transmisión oral, por ello es un trabajo apto para precisar una concepción del fenómeno en cuyas vías se ha creado, se crea y se transmite literatura.

En seguida, Griselda Gutiérrez Castañeda en “Los retos de la memoria”, texto de ensayo y reflexión filosófica, hace una revisión sobre el papel de la memoria en el Holocausto: ¿Qué función tuvo y tiene la memoria como construcción colectiva, como ejercicio, práctica y género discursivo? Gutiérrez indica que la memoria, como proceso social, puede tergiversar registros y vivencias, pero también “restañar el daño, conjurar la abyección, recuperar” (34). En el artículo de Gutiérrez Castañeda también se pone de manifiesto la relación que hay entre la memoria y la construcción hegemónica, pues la hegemonía se configura como juegos de poder y se sustenta en construcciones discursivas, y la memoria es parte de estas construcciones que afianzan sentimientos de pertenencia y solidaridad. Finalmente, el artículo de Gutiérrez enfatiza la necesidad de “recuperar el pasado reapropiándose de la memorias colectivas, cuando éstas han sido confiscadas y otros medran a costa de ellas y en perjuicio de las personas, minorías o sociedades enteras” (43), y asume que es importante recuperar el género de la memoria, pues este es un instrumento para analizar otras narraciones y otros discursos.

Otro texto de índole teórica es “Historia relatada: la trama como explicación”, de Beatriz Alcubierre Moya, quién se enfoca

en recuperar la idea de que el discurso histórico se configura mediante la narrativa. El artículo es una discusión sobre los puntos de encuentro que hay entre historia y ficción. Alcubierre da un panorama de las investigaciones recientes que han retomado la importancia del recurso narrativo en el discurso histórico y por ello que han encontrado lazos entre historia y ficción. Entre esas vinculaciones está, por supuesto, la trama, puesto que, en el entendido de que la historia es un discurso elaborado por estructuras narrativas (53), la trama se constituye como un elemento explicativo porque organiza los acontecimientos relatados. La autora menciona que hay una constante ficcionalización de la historia e historicización de la ficción, y revisa esta cuestión a través de un esquema en el que presenta, en primer lugar, la categorización del historiador como sujeto creativo; en segundo, las correlaciones entre el relato histórico y de ficción, y finalmente puntualiza por qué la trama historiográfica se configura como una explicación.

El cuarto trabajo del libro se titula “Testimonio histórico y la transformación de la experiencia: el universo concentracionario”, de Greta Rivara Kamaji. El texto es una reflexión filosófica respecto al valor del testimonio histórico en el contexto del Holocausto. Los testimonios han mostrado, según lo explicado por Rivara, cómo los campos de concentración cambiaron la experiencia de los individuos y revelaron otra vivencia del cuerpo, la del cuerpo devastado. En su artículo Rivara expresa que mediante el testimonio se exige que la historia se haga cargo de esa circunstancia; además refiere que el testimonio tiene una dimensión social en tanto que se habla en nombre de quienes no pueden hacerlo. En su artículo Rivara también revisa escritores como Primo Levi y Charlotte Delbo, así como el testimonio de David Rousset (1971), quien fue el responsable de acuñar el término del “Universo concentracionario” para referirse al universo de los campos de concentración. Greta Rivara manifiesta que los testimonios tienen una importancia histórica y filosófica, y plantea la pregunta: ¿qué significó este universo en la historia del siglo XX, y, finalmente, ¿cuál es la consecuencia ética del Holocausto?

Por su parte, en el quinto artículo del libro, “La escritura-objeto en los museos de historia” de Luis Gerardo Morales Moreno, se plantea la relación entre oralidad y escritura a partir de la narración y la historiografía. Lo que valora Morales Moreno es la inserción discurso historiográfico en los museos de historia y cómo funciona dicha inserción (en la que se utilizan, por supuesto, estrategias narrativas). Advierte que la vivencia estética de la observación de los objetos museográficos es distinta a la lectura o escritura de libros (77), puesto que los museos de historia constituyen una dimensión escénica de la historiografía. El discurso histórico —menciona Morales Moreno— encontró una manera de expresarse en los museos además de la escritura, pero, como lo manifiesta el autor: “ello no lo hace escapar de un vínculo indirecto con la construcción de tramas o relatos cuyo sentido se transforma en convertirse en cosas-artefactos de la cultura (83).

Un artículo que también aborda la memoria y su integración en los procesos de la transmisión oral y la escritura es el titulado “La voz, la memoria y la página escrita”, de Sergio Pérez Cortés. En este trabajo, el autor hace una revisión acerca de cómo ha cambiado la transmisión de conocimiento a partir de la invención de la escritura. Algunas de las preguntas que se generan en el texto son: ¿cómo se concebía leer en la antigüedad? ¿Cómo recibieron algunos filósofos griegos el arribo de la escritura?

Pérez Cortés manifiesta que “Fueron necesarios siglos de transformaciones para que se llegara al lector silencioso y su página muda” (105). La pregunta que subyace a la puesta en escena de argumentaciones variadas es: ¿cómo separar al pensamiento de los medios con que se ejerce?, ¿las vías por las que se transmite un discurso (voz, letra) cambian o repercuten en los significados de ese mismo discurso? El texto es una invitación a reflexionar sobre estos puntos. En tanto, el autor mantiene la idea de que “El uso extenso de la voz y la memoria no pueden ser considerados simplemente como las formas primitivas de los hábitos intelectuales modernos” (105), aseveración bastante útil para reflexionar sobre los procesos intelectuales de nuestra época, que se dan a partir de la lectura silenciosa.

El séptimo escrito fue elaborado por Rodrigo Mier y se titula “Las trazas de la comunidad y los trazos del individuo (hacia una discusión política de la oralidad y la escritura)”. El autor explora cómo lo político se hace manifiesto en los terrenos tanto de la oralidad (relacionada con la colectividad) y la escritura (a la que se relaciona con la individualidad). Mier ejemplifica esta correspondencia mediante la discusión de las implicaciones que tiene leer la consigna zapatista: “Todos somos Marcos” o escuchar “Todos somos M/marcos”. En la primera, por supuesto, se encuentra la identificación del guerrillero como un sujeto individual. En la segunda aparece una cierta ambigüedad, en la que el sustantivo *marcos* se identifica con muchas voces, es decir con un sujeto colectivo. Marcos —expresa el autor— pasa a ser una especie de “mediador” y los comunicados del EZLN se configuran como un discurso donde se escuchan dos cosas simultáneas: la palabra del individuo y la palabra (la voz) de una colectividad, de aquellos “sin voz”. La oralidad y la escritura también están implicadas, pues, en la manera en la que se generan discursos políticos. Mier pone de manifiesto muchas cuestiones al respecto, entre ellas la pregunta de si esta oposición (oralidad /escritura) presupone la existencia de una estructura, cuya idea es la identidad y no la diferencia (115).

Uno de los trabajos más descriptivos del libro es: “Las tradiciones orales míticas de los o’ dham. Formas y consecuencias de su transcripción”, de Julio Amador Bech. El investigador explora los problemas, vicisitudes y cuestiones generadas en torno a las transcripciones y traducciones de algunos acervos orales de la comunidad indígena o’ dham, del desierto de Sonora. Mediante el artículo se hace un recorrido por las recolecciones que se han hecho, así como las formas de transcripción y las características de estas y los problemas que surgieron debido a la utilización de criterios divergentes entre sí. También se refieren las principales versiones de los textos (algunas escritas en el mismo idioma de los o’ dham —el pápago—, otras oídas en este idioma pero escritas en inglés) y el autor anota cómo los procesos mismos de transcripción y traducción alteraron las versiones. Finalmente, Ama-

dor Bech muestra un ejemplo de la forma en que los procesos entre oralidad y escritura se complementan (antes de contraponerse), pues la actual comunidad de los o'dham ha retomado y revitalizado su tradición gracias a que hubo una recopilación de fuentes y se "fijaron" mediante la escritura (133).

El noveno artículo, "Rasgos lingüísticos de la oralidad y la escritura más allá de una distinción medial", de Bernardo E. Pérez Álvarez, es de carácter teórico y descriptivo. En el texto se considera el vínculo entre el lenguaje oral y escrito como dos polos de una relación (136), y el autor advierte que el fenómeno oral y el escrito no sólo son medios de transmisión, sino que implican una concepción discursiva. En el texto se esbozan las líneas generales de una investigación más amplia sobre la relación entre la lengua hablada y la lengua escrita, y se manifiesta que se debe considerar la variación regional en relación con la lengua estándar, bajo una perspectiva integral que no otorgue "preeminencia sin fundamentos a alguna de las manifestaciones lingüísticas" (149). El autor expone las premisas y las problemáticas para el estudio, considerando que hace falta investigación de campo para poder ofrecer "afirmaciones más puntuales en torno al problema" (149).

Otro de los estudios cuyo enfoque retoma lo literario es el de Raúl Eduardo González, quien realiza algunos apuntes sobre la canción popular mexicana. El tema sirve de punto de partida para hacer una indagación de la voz y los cuestionamientos sobre qué se considera textos literarios y, por supuesto, sobre el estudio de la canción por parte de los especialistas. González comenta algunas de las recopilaciones realizadas por T. Mendoza y advierte sobre la relación que mantiene la letra de las canciones con la melodía, pues esta última se ha perdido en muchos cancioneros. González logra también recordar mediante este texto que la canción es dinámica y compleja, pero ante todo es un patrimonio de la voz, de la memoria y que puede ser transmitida por la escritura.

Un análisis sobre el curso de la memoria – con ella, del olvido – es "La huella como inscripción o sobre la crueldad de la memoria", de Gerardo de la Fuente Lora y Leticia Flores Farfán. Con el epígrafe de Walter Benjamin, "No existe documento de

la cultura que no sea también documento de la barbarie”, los autores anuncian también que la reflexión sobre estos términos implica acercarse a una “política de la crueldad”, en la que, a partir de la memoria, se seleccionan, se excluyen, se borran rasgos de acontecimientos vividos (172). En esta dinámica, el cuestionamiento principal es ¿quién controla la elección de los elementos que se conservan? La reflexión en torno a la memoria y el olvido deviene también en la enunciación de lo que se llama “huella”, que no es sino materialización de una ausencia, un no existir, pero un no irse del todo, una “sombra”. No es la memoria viva pero sí es un recordatorio que no permite el olvido. ¿Toda comunidad que se articula en la palabra se articula en la crueldad? Si es así, ¿habría comunidades que podrían estar articuladas en el silencio?

El texto con el que finaliza la edición de *Oralidad y escritura. Trazas y trazos* es “La Red ¿comunicación in-mediata o metáfora epistemológica?” de Rodrigo Bazán Bonfil. En el artículo se abordan los procesos entre oralidad, escritura y memoria que se generan a partir de la utilización de nuevas tecnologías en la era de Internet. ¿Qué implicaciones tiene almacenar las palabras y archivarlas en carpetas de correo? ¿Todas las palabras merecen ser recordadas? Los cuestionamientos que transmite el escrito implican también una interpelación hacia el lector, ¿qué pasa con la comunicación generada a partir de estas plataformas? ¿La comunicación mediatizada por los avances electrónicos son un soporte para la memoria o su sustitución? En realidad, toda esta reflexión deviene otra mucho más compleja: ¿los soportes tecnológicos están cambiando no sólo nuestra manera de comunicarnos, sino nuestra conciencia en sí misma para hacerlo?, o, para decirlo de otro modo, ¿la tecnología de la palabra determina la estructura del grupo humano que las usa?, y si es así, ¿de qué manera? (187).

Por medio de diversos ejemplos del uso de las redes sociales en la vida cotidiana, Bazán discurre sobre la manera en la que la gente se comunica, habla, escribe y piensa en el contexto de la era cibernética. A la par, realiza una apología de la interacción no tan

mediatizada, proponiendo que la discusión en torno a su trabajo se dé en persona, aunque el pretexto sean las líneas escritas.

El libro *Oralidad y escritura. Trazas y trazos* ofrece una serie de revisiones concebidas desde diversas disciplinas y con diferentes enfoques. Es un libro que inevitablemente invita a pensar no sólo en la oralidad y la escritura como procesos de transmisión, sino como verdaderos fenómenos de generación de discursos. Los trabajos aquí reunidos abren una puerta hacia el análisis del lenguaje y la cultura y, ante todo, *trazan* caminos por los cuales el lector transita no necesariamente para saldar dudas, sino para generar más.

GABRIELA SAMIA BADILLO
El Colegio de San Luis